LAS MARCAS HISTORICAS DEL SIGLO XX

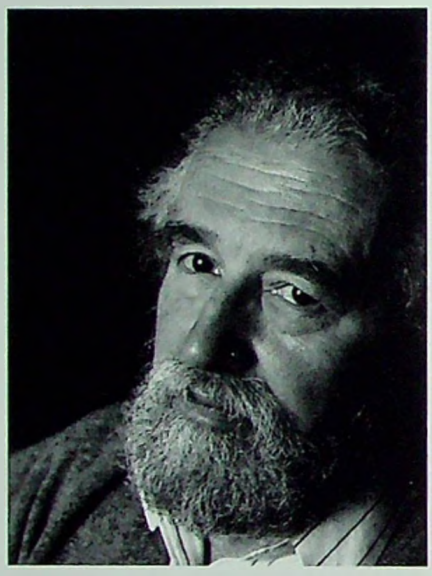
TOMÁS MOULIAN

Me voy abstener de polemizar y voy hacer una exposición menos conceptual que Oscar Godoy, incluso más historicista, pero sí voy a decir algo conceptual al principio.

Estoy totalmente en desacuerdo con Oscar Godoy que la identidad de Chile sea la democracia. Yo creo que la identidad de Chile del siglo XX han sido las imperfecciones de la democracia, que han generado gobernabilidad y estabilidad. En Chile, en realidad, no hay sufragio universal hasta 1962, no hasta 1949. Cuando Alessandri hace modificaciones, perfecciona los cambios hechos por Ibáñez y se empieza a aplicar efectivamente la existencia del sufragio universal.

Creo que nuestra constante ha sido democracias muy imperfectas y en contrabalance epúreo, no sólo ahora sino antes, que han generado un régimen político bastante estable. Lo que sí estoy de acuerdo con Oscar Godoy en que hay una constante que es un sistema de partidos.

Vistas estas dos cuestiones semi conceptuales, voy a entrar a un análisis más histórico. Voy a tratar de encontrar las marcas históricas de este siglo XX, viendo cuatro o cinco cuestiones. A saber: el fracaso del "alessandrismo" de los años 20 y las consecuencias que dejó sobre el sistema político chileno; la modernización industrializadora dirigida en el terreno político por coaliciones de centro izquierda; la modernización con reformas estructurales de Frei; el fracaso de la Unidad Popular y la dictadura revolucionaria de Pinochet.



Busco las marcas que van dejando estos procesos históricos en la textura política de este siglo. Veamos primero algo que me parece muy importante, que es el fracaso del "alessandrismo" de los años 20.

El "alessandrismo" de los años 20 representa algo que podemos llamar una especie de populismo burgués. Arturo Alessandri aparece en el escenario político con un discurso anti oligárquico, con una apelación a las masas en un sistema de elites políticas, hecho que lo transforma en un líder sumamente amenazante para la política de notables u oligárquica. Sin embargo, pese a este discurso antioligárquico muy encendido, se trata de alguien que aparece con reformas políticas y sociales que se limitan a la reinvidicación del presidencialismo contra el sistema seudo parlamentario -estoy de acuerdo que no hay parlamentarismo en Chile- y postulando al mismo tiempo, a la regulación de las relaciones capital-trabajo, a la dictación de un Código del Trabajo, etc.

Tenemos acá una especie de contrapunto entre este discurso encendidamente antioligárquico y ciertas reformas que son muy tibias, que ponen en el tapete la primera aparición de la retórica en la política chilena. Aparición que va a ser una constante política durante todo el siglo XX.

Estos intentos encabezados por un líder del *stablishment* político y que postula, además, reformas moderadas y modernizadoras, representan un esfuerzo para que los procesos de cambio que la crisis social y económica que estaba en cierne planteaba, pudieran ser regulados por los partidos del sistema, por lo menos por el ala más moderna de los partidos tradicionales.

Hay un reformismo prematuro, temprano, que trata de responder a los problemas que la crisis salitrera estaba señalando a partir de 1917. Crisis que se desencadena más tarde, pero que aparece como una crisis que va a venir y, al mismo tiempo, como un modo de hacer frente, desde el interior del sistema, a los problemas planteados por la cuestión social.

Lo que tenemos es un reformismo prematuro, donde se intenta conducir los cambios necesarios por el líder del *stablisment*, por líderes que pertenecen a los partidos tradicionales.

Acá sucede una cuestión que va a marcar muy firmemente los procesos políticos

del siglo XX, que es este quiebre catastrófico entre conservadores y modernizadores, que genera las intervenciones militares que duran desde 1924 a 1932. Es la desconfianza en una elite política incapaz de darse cuenta que era imposible encabezar los procesos de reforma desde el sistema mismo e iniciar un proceso de transformismo en esa época encabezado por los líderes del *stablishment* y no exigido por presiones de masas, que todavía no aparecían en el escenario político.

Alessandri fracasa en lograr llevar adelante sus reformas. Todos sabemos que sus reformas son llevadas adelante por el "ruido de sables", por las intervenciones militares, y estas intervenciones militares generan un período de inestabilidad política que dura desde 1924 hasta 1932 y terminan en la "República Socialista", cuyo impacto histórico no puede haber sido mucho, porque duró diez días.

Aquí hay un hecho que marca los procesos políticos posteriores y nos marca de dos maneras, que son -a mi entender- muy importantes:

Primero, pone de manifiesto el temor de la derecha conservadora a los cambios, sobre todo de apertura del sistema a las masas. ¿Qué vieron en Alessandri? El peligro de un líder plebiscitario. Y eso aparece como una amenaza para un sistema de notables que no quiere abrirse. Porque un líder plebiscitario es un líder que apela a las masas contra las elites, y eso ya Alessandri lo había hecho para imponer su candidatura presidencial empatada, forzando a las elites a nombrar un "Tribunal de Honor". Entonces, este carácter de líder plebiscitario, que se conecta empáticamente con las masas, aparece, en un sistema de notables, como destructor del equilibrio político. Entonces los sectores conservadores se movilizan para el golpe de Estado, para el golpe militar. Colocan a los militares contra este líder plebiscitario, desencadenando un proceso que después no logran contener.

Lo que tenemos acá es una derecha más bien rectora de los partidos tradicionales, con capacidad de alivianar procesos de cambio, pero que desencadenó contra ellos el movimiento conservador, impidiendo el éxito de los esfuerzos reformadores. Entonces nunca más aparece una derecha con capacidad de liderazgo de procesos de modernización y reforma hasta el "pinochetismo".

Esa es la primera consecuencia que queda de la experiencia frustrada del "alessandrismo".

La segunda, es sobre el carácter de los militares. Porque las intervenciones militares de ese período (1924 - 1932) son estatizantes y populistas. Marmaduque Grove, cuyo gobierno dura diez días y que quería reformas agraria, industrial, urbana, bancaria, reforma de todo, pero que no tenía ningún poder; representó la reaparición de la retórica llevada al extremo, planteaba el cambio de la totalidad de la sociedad chilena y sin ni siquiera el apoyo del Partido Comunista. Cuando los comunistas van a negociar su apoyo a la "República Socialista", le ponen como condición que radicalice sus posturas pequeño burguesas y reformistas y que cree *soviet* obrero, etc., etc. Y dos días después el gobierno de Grove desapareció del escenario y no pudo crear nada.

Pero los militares quedan marcados, como estatizantes y populistas. Es un militar el que encabeza la "República Socialista" de 1932, es Marmaduque Grove. Y esto crea un pacto civilista que va desde los comunistas hasta los conservadores, con la única excepción de ciertos sectores del Partido Socialista. Todos están porque los militares no se metan más en política. Unos sospechan de unas cosas y otros de otras, pero todos sospechan de los militares. Y eso va a ser muy decisivo en la imagen que la izquierda se hace de los militares y en la imagen que en general todos se hacen sobre ellos. Sin darnos cuenta que los militares sufrirían de un enclaustramiento político provocado por el pacto civilista de 1932, que da término a las intervenciones militares y produce la restauración de un orden de democracia representativa, con el segundo gobierno de Alessandri.

Pero más importante aún o tan importante como eso, es que a partir del fracaso del "alessandrismo" y de su proyecto de reforma, no surge más de los partidos tradicionales, capacidad de conducción de propuestas de cambio. Eso da un cierto tipo de derecha, de la cual Chile todavía padece. Y que es muy distinta, por ejemplo, de la derecha española del "post franquismo".

Otro hito histórico que creo que marca el desarrollo político del Chile contemporáneo, es la modernización industrializadora llevada a cabo por coaliciones de centro izquierda.

Al respecto, nos encontramos con algo que podríamos llamar una modernización por sustitución. Es decir, lo interesante de este fenómeno es que son coaliciones de centro izquierda que se ponen a la cabeza del proceso de modernización capitalista bajo la forma de industrialización para el mercado interno. Y es evidente que ese proceso de industrialización crea necesariamente, por su forma de industrialización para el mercado interno, un síndrome populista que no tiene que ver sólo con la fuerza de la izquierda ni del movimiento popular, sino con ciertas circunstancias de los ciclos económicos. A los empresarios manufactureros, les convenía la subida de salario y la inflación.

Ahí hay un síndrome populista, donde las dos partes están comprometidas efectivamente en la forma de un estado de compromiso, en un pacto interclasista.

Pero aquí lo interesante es que la coalición de centro izquierda realiza políticas de modernización capitalista, y en ella están comprometidos el Partido Comunista y el Partido Socialista, los dos partidos que se dicen marxistas y revolucionarios. Por-

que en Chile una de las características de la formación de la izquierda es que no hay izquierda social demócrata, sino hasta la década de 1980. Aquella era una izquierda revolucionaria y marxista, que ve en los procesos de modernización una especie de condición, pre condición, para la futura construcción del socialismo. Entonces realiza políticas de modernización capitalista para preparar las condiciones del socialismo, y lo dice así. Tenemos así una modernización por sustitución; donde el empuje de estos procesos no se hace bajo la dirección política de los partidos de derecha. Obviamente que ellos participan en el parlamento de esos años de un modo muy decisivo, todo el mundo sabe las negociaciones que costó la aprobación de la CORFO (1939), que era un ente estatal decisivo para el apoyo a políticas industrializadoras: transferencia tecnológica, créditos industriales de largo plazo, etc.

Este período histórico deja la marca de sus limitaciones, porque estas coaliciones de centro izquierda fueron capaces de empujar la industrialización y desarrollar la infraestructura necesaria, pero no son capaces de abordar las indispensables reformas políticas que se necesitaban para superar la existencia de un sistema electoral basado en el cohecho y en el control del voto rural por los hacendados. Y no son tampoco capaces, de hacer reformas agrarias. No estoy pensando en la reforma de la tenencia de la tierra, sino en la sindicalización campesina.

La ausencia de una política destinada a realizar la sindicalización campesina, crea un efecto, incluso, sobre las posibilidades de crecimiento del desarrollo capitalista, sobre la base de modernización para el mercado interno, porque margina del mercado a un sector que no tiene capacidad de negociación por mejores salarios: el campesinado. Entonces esas reformas que son negociadas en 1939 a propósito de la creación de la CORFO, generan un techo aún más bajo que el que tenía el tipo de industralización que se estaba poniendo en práctica.

Este reformismo incompleto de las coaliciones de centro izquierda, dejan pendiente la reforma agraria para la década de 1960, cuando las reformas agrarias, al estar atrasadas, no pueden ser formuladas sino en un tipo de discurso revolucionario, porque la época tenía ese espíritu. Si hubiesen sido abordadas en los años 40 hubiese habido entonces sindicalismo campesino, quizás el desarrollo histórico chileno hubiese podido tomar otro camino. Pero para eso habría sido necesaria una izquierda con sensibilidad agraria y rural y no una izquierda con sensibilidad urbana e industrialista. La izquierda chilena es, por su sello marxista, absolutamente industrialista. Está dispuesta, con tal de que se generen las condiciones para el desarrollo del proletariado, a sacrificar el campo.

Queda esta marca entonces, la marca de un reformismo incompleto que no hace reformas políticas y que no hace sindicalismo campesino, más bien negocia el sindicalismo campesino.

El tercer momento que quiero mostrar es la modernización con reformas estructurales del gobierno de Eduardo Frei Montalva.

Vamos a decir que el gobierno de Frei es la continuación radicalizada de las reformas intentadas por las coaliciones de centro izquierda en el período que va desde 1938 a 1947, donde Gabriel González Videla cambia el giro de las coaliciones de centro izquierda, durante su Gobierno (1946 - 1952).

Pero para que llegara Frei al gobierno tuvo que producirse un hecho previo: el fracaso de lo que podemos llamar la vía capitalista al desarrollo, mediante liberalizaciones que trató de protagonizar el gobierno de Jorge Alessandri.

Alessandri, quién intenta una política de reformas liberales audaces, que van a contrapelo de todos los diagnósticos que se hacían sobre el origen del estancamiento chileno y trata de perfilar un proyecto de largo plazo que cambie la naturaleza de la industrialización, abriendo paulatinamente hacia afuera la industrialización para el mercado interno, fracasa, y su proyecto "portalianista" de la primera etapa, donde gobierna con el apoyo de los partidos, pero sin consultar a los partidos, termina finalmente en el compromiso partidario, en el pacto con el Partido Radical, etc.

Este fracaso de los intentos de reforma de Jorge Alessandri tienen el grave error de un diagnóstico errado del tipo de empresarios que había en Chile. Se creyó que el empresariado chileno, al mantenerse el dólar bajo, al darse créditos industriales, iba a invertir en nuevas tecnologías, iba a modernizar su empresa en vez de orientar esas ventajas de la liberalización económica hacia el consumo conspicuo o hacia la especulación. Y todo ese programa se desmorona un día 28 de diciembre de 1962 y colapsa el gran proyecto que había en Alessandri.

Ese es el elemento estructural que abre paso al gobierno de Eduardo Frei. Después están los detalles de la muerte de Oscar Naranjo. Eso que Maquiavelo considera la fortuna; porque la política no es racionalidad pura ni cálculo puro, sino sería verdad que se podría resolver por ecuaciones. Entró la fortuna y cambió la situación histórica y la derecha abandona a los radicales y se termina el Frente Democrático.

¿Cuál es la marca del gobierno de Frei? Es una marca esencial en el proceso de polarización de la década de 1960. En esta década se pasa de dos millones de electores a cinco millones de electores; es la década verdaderamente del sufragio de masas en Chile. Y la marca del gobierno de Frei, es la de un reformismo radicalizado, que genera una doble centrifugación en el sistema político. Primero, lanza a la derecha hacia la derecha y, al mismo tiempo, lanza a la izquierda hacia la izquierda.

Esta doble centrifugación se debe a la naturaleza del centro político. La aparición de la Democracia Cristiana como centro

Pero la Democracia Cristiana no hace ningún gesto de pacto, no declina su candidatura y se produce lo que ocurrió: la Unidad Popular.

predominante es un proceso que empieza el año 1957. Recién este año, la Democracia Cristiana obtiene una cifra electoral de la cual conviene tener memoria, porque todas las otras se pueden olvidar, porque fluctúan entre el 2% y el 3%. Es una larga "travesía del desierto". La Democracia Cristiana no hubiese podido vivir en un sistema electoral con correcciones, como el que hay ahora, que exige un 5% de representación, hubiese desaparecido del mapa político. Pudo sobrevivir justamente porque el sistema electoral chileno no tenía ningún tipo de correctivo.

Y en 1957 aparece la Democracia Cristiana con cerca de un 10% del electorado y entre esa época y 1962 se convierte en la primera fuerza del país.

Cambia la naturaleza del centro político y ese cambio es esencial en la dinámica política del sistema, porque un centro flexible, pendular como el que representaba hasta ese momento el Partido Radical, es sustituido por un centro ideológico e inflexible. En un sistema como era el sistema de partidos chilenos, que tenía dos polos, un polo conservador en el lado de la derecha (los partidos eran los liberales y conservadores, pero el *ethos* político era conservador, reacio a los cambios) y al otro lado una izquierda marxista, el equilibrio del sistema está en el centro. En un sistema polarizado, el centro es el que genera las condiciones de equilibrio. Entonces, el cambio del centro "radical" por el centro "democratacristiano" cambia totalmente la dinámica política del sistema.

La Democracia Cristiana es un centro excéntrico, que está en el centro pero habla de revolución con mucha más seriedad que Ibáñez, que había hablado de revolución. Habla de revolución en libertad y de sustituir al capitalismo. Esa fuerza situada en el centro tiene necesariamente que centrifugar a la derecha hacia la derecha, además, porque hace la reforma agraria. La Democracia Cristiana hace la reforma agraria pensando en el siguiente cuadro estratégico: la división de las clases dominantes en un ala moderna y en un ala conservadora. Entre los que se niegan a la reforma agraria y los que la apoyan. ¿Y por qué habría algunos que la apoyarían? Primero, porque la reforma agraria está ligada a la sindicalización campesina, por lo tanto, amplía brutalmente el mercado, hace entrar a los campesinos al mercado urbano. Y, segundo, porque la política de la Democracia Cristiana unía reformas en el agro con profundización de la industrialización.

Hay ahí un diseño de cambiar la naturaleza de la derecha, atrapar a la derecha moderna o de convertir al partido en una Democracia Cristiana a la europea o coaligarse con un partido de derecha moderno, que se separa del partido más conservador.

Pero todo eso fracasa, porque la derecha se reunifica en el Partido Nacional (1966) y al gobierno de Frei no le queda otra opción, en un sistema de tres fuerzas, que buscar aliados hacia la izquierda. Pero esos aliados tampoco los puede encontrar porque también había centrifugado a la izquierda, la cual se siente amenazada en su identidad de fuerza revolucionaria. Si la Democracia Cristiana habla de revolución en libertad y lanza a Radomiro Tomic como candidato, con un programa de reformas tan radicales como la de Salvador Allende, obviamente que esa izquierda se siente amenazada por la Democracia Cristiana.

Y qué sucede: el aislamiento del centro. No se repite el pacto de la llamada defensa democrática de 1964, que pese a que la amenaza marxista seguía vigente. Entonces, ¿qué hay ahí? Se pone en evidencia el espíritu "suicidógeno" de la derecha. Una derecha que dice: entre que me expropie Tomic con "agua bendita" y que me expropie Allende "sin agua bendita", da lo mismo, los efectos son similares. Es una derecha que ve que este juego democrático está siendo un juego de pérdida y decide arriesgar el todo por el todo. Y la Democracia Cristiana demuestra frente a las mismas circunstancias su naturaleza de partido de centro excéntrico. Porque, ¿qué habría hecho un centro céntrico?: busca resolver la amenaza del sistema político pactando. Pero la Democracia Cristiana no hace ningún gesto de pacto, no declina su candidatura y se produce lo que ocurrió: la Unidad Popular. De eso no hay que echarle la culpa a la izquierda. Ella se jugaba su última carta electoral.

¿Cuál es la marca que deja el gobierno de la Democracia Cristiana?: un resentimiento que todavía dura entre el centro y la derecha: donde el contenido de pasión es muy importante. Y ese contenido deja a la derecha chilena, en un sistema donde las alianzas son necesarias, sin posibilidad de alianza. Así ha estado la derecha chilena desde 1938 en adelante. No es ésa una de las razones menores del fenómeno "Pinochet", porque es el único que permite gobernar sin alianzas.

Los hechos demostraron que el discurso de la revolución y de la violencia era retórica y la realidad era la más patética debilidad: la incapacidad de resistir dos horas en la mañana del golpe de 1973.

Creo que la Unidad Popular tiene varios discursos. Tiene el discurso que señala Oscar Godoy, pero también tiene el discurso de la "vía chilena al socialismo", que es el avance en democracia hacia el socialismo y, además, el discurso amenazador, proletarizante; el del poder popular. Pero lo importante es ver qué discurso es retórica y qué discurso es realidad.

Los hechos demostraron que el discurso de la revolución y de la violencia era retórica y la realidad era la más patética debilidad: la incapacidad de resistir dos horas en la mañana del golpe de 1973. Porque a las 11 de la mañana la Unidad Popular llamó a declinar las armas y a rendirse. No llamó dos días después, llamó a las 11 de la mañana del mismo día del golpe, antes que Salvador Allende hubiese muerto.

¿Con qué nos encontramos con la Unidad Popular?. Con que el proyecto de la vía pacífica al socialismo, un proyecto inédito, era inviable. Pero eso no significaba que no había proyectos viables. Los había pero esos hubiesen requerido de parte de la Unidad Popular un cambio radical de su visión teórica y de su distinción maniquea entre reformas y revolución.

Lo que era posible de realizar sin provocar un caos político, era una política de reformas radicalizadas, en alianza con la Democracia Cristiana o bien con los militares bajo la conducción del General Carlos Prats. Eso era posible; eso hubiese durado hasta 1976, posiblemente. Después hubiera sido eliminado por las elecciones.

Sin embargo, eso no era la conquista del socialismo por la vía pacífica, no era la quimera. Y la Unidad Popular está enmarcada en una quimera. Una ilusión que era fundamental para que el socialismo pudiese reencantar y reseducir como alternativa. Porque, evidentemente, el triunfo del socialismo por la vía pacífica hubiese producido una resignificación global del fenómeno del socialismo en el mundo. Por lo tanto, la experiencia chilena era una experiencia importantísima. En esa quimera estaba la salvación de la ilusión socialista.

Pero si uno analiza esa quimera, ese proyecto no tenía viabilidad. Obviamente que en ese diálogo extraordinario entre Debray y Allende, extraordinario, por lo surrealista que es, Allende argumenta, desde la teoría marxista, la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo. Y tiene que esgrimir unos prólogos de Engel a la lucha de clases en Francia, de Marx, escrito después de la muerte de este último, para poder encontrar allí las huellas que justificaban en la teoría marxista, la posibilidad de este tránsito. Podía haber acudido, también, a la tesis de Lenin de antes de la revolución, donde plantea para la Unión Soviética, la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo a través de la fórmula: "todo el poder a los soviets". Pero Allende los busca en esos ignotos prólogos de Engel. ¿Qué está revelando esto? Primeramente, un teorismo político abstracto, que omnubila totalmente la dirección política de la Unidad Popular, con las condiciones históricas reales de un país como Chile en el cual existe un Estado fuerte. Porque la posibilidad de un tránsito pacífico al socialismo solo es posible en un Estado en proceso de desmantelación, con clases dominantes agónicas.

Chile tenía un "Estado en forma", tenía un sistema político con capacidad de conflicto, tenía una oposición que opera con mucha inteligencia, dirigida no por los democratacristianos, sino por Sergio Onofre Jarpa. Jarpa conduce la lucha contra la Unidad Popular buscando el vaciamiento político del centro, porque sabía que en esa acción se jugaba el destino de ese proyecto.

Entonces, ¿cuál es la marca que deja la Unidad Popular?. De un sueño que es casi un delirio y de haberle abierto el paso a una dictadura revolucionaria.

Nos encontramos con una atmósfera política que permite este tipo de delirio político, estos sueños de profetas desarmados, cuyo espectáculo más patético es Carlos Altamirano hablando el día 10 de incendiar el país y el día 11 en la población La Legua junto con su chofer, ... no tenían ni auto. Qué hace la Unidad Popular: abre paso, genera las condiciones subjetivas para que la dictadura sea posible. Y ese es el drama, la marca de la Unidad Popular.

De aquí paso a subrayar lo que llamo una dictadura revolucionaria de Pinochet y al respecto tengo una polémica antigua con Oscar Godoy. Por lo tanto, vengo preparado para tratar de justificar que se trata de una dictadura revolucionaria. Y por ello tiene la profunda capacidad de transformación de la sociedad. Porque el Gobierno de Pi-

nochet no es ni una dictadura patrimonialista militar o caudillesca, como Somoza, como Batista, como Stroesner o como los déspotas que narra Carpentier. Esos no realizan proyectos de clases, realizan los intereses de una clientela de parientes, de amigos o de compinches del dictador. Aquí no.

Desde las dictaduras brasileras de 1964, que continúa con la dictadura de Onganía en Argentina, en 1966, y después con la dictadura chilena de 1973, con la dictadura uruguaya de 1974 y con la segunda dictadura argentina de 1976, nos encontramos con tipos de golpes militares con naturaleza nueva, que buscan ajustar el tipo de estado al reordenamiento de los procesos de estructuración económica de la sociedad, de modo de hacerles compatibles con los procesos de mundialización o de globalización naciente de las economías.

Pero de todos esos gobiernos que he señalado, el de Augusto Pinochet es el único que logra una revolución capitalista. El único. Porque Onganía no lo consigue, porque se dividen entre nacionalistas y liberales y tampoco Videla, pese a que mata en un *quantum* semejante al de Pinochet, porque se mete en la aventura loca de la guerra de las Malvinas.

¿Por qué creo que aquí nos encontramos frente a una revolución? Primero, porque hay un proyecto de transformación profunda del capitalismo anterior, y esta transformación tiene un carácter progresivo. Cuando digo progresivo no digo progresista. Es decir, resuelve las contradicciones del capitalismo anterior, busca generar una mercantilización generalizada dentro de un sistema capitalista con zonas de desmercantilización muy importantes, políticas públicas, industrias, etc. La industrialización chilena no hubiera sido hecha siendo Ministro de Hacienda, por ejemplo, Alvaro Bardón, porque hubiese procurado que las leyes del mercado operaran, no. Había que dar franquicias tributarias, aranceles y negociaciones políticas, para que esa industrialización de mercado interno pudiera funcionar. No había agricultura capitalista en Chile hasta Pinochet. Había privatización de la seguridad social, políticas sociales gratuitas en educación, salud, educación superior, mercado laboral fuertemente intervenido por la capacidad del movimiento sindical. Entonces, ¿qué hace este gobierno de Pinochet? Hace una revolución capitalista: que el capitalismo anterior en sus contradicciones sea superado para dar lugar a un capitalismo progresivo. Las revoluciones no operan tabla rasa, de lo contrario no podríamos llamar revoluciones a las revoluciones burguesas del siglo XIX, porque todas esas revoluciones buscan perfeccionar el capitalismo que ya estaba naciendo en esos países.

Entonces: proyecto de transformación profunda, poder sin contrabalance -no hay revolución que tenga poder contrabalanceado- y un terror al servicio del proyecto, no de las pasiones privadas de los individuos, sino del proyecto. En este sentido, la represión no es la locura de unos agentes de investigaciones o de la DINA. Es una necesidad de un proceso revolucionario o del autoritarismo, sea del soviético o cualquier otro. Aquí estoy hablando de cualquier revolución, no sólo de ésta. Porque toda revolución requiere del terror de Estado, pero es un terror sin odio, es un terror estratégico destinado a producir efecto al servicio de las transformaciones sociales.

Este régimen militar efectivamente produce profundas transformaciones de la economía chilena, por ejemplo. Pensemos sólo en los efectos de la ley laboral de 1981, o de la reforma denominada modernización previsional. Pensemos en lo que eso significa: el desplazamiento de ahorro de los trabajadores, de su gestión, hacia el sector privado; o lo que significan las reformas laborales: el paso de un empleo que era propiedad de los trabajadores, de inamovilidad, a un empleo regido por las leyes del mercado y que genera una enorme incertidumbre. Además, la posibilidad de un sindicalismo libre, posibilidad de varios sindicatos al interior de las empresas, negociación por áreas, etc. Si eso no son grandes transformaciones, qué son grandes transformaciones. Si en eso están paralizados los gobiernos de Argentina, de Perú, de Uruguay. Sólo el "menemismo" ha podido con el sindicalismo argentino. Ese es el mérito del poder despótico chileno, que deja marca sobre la historia política que va a durar.

¿cuál es la marca que deja la Unidad Popular?. De un sueño que es casi un delirio y de haberle abierto el paso a una dictadura revolucionaria.

Para mí, la Constitución de 1980 da lugar a una democracia protegida, toda vez que contiene la institución de los "senadores designados". Ese tipo de democracia en Italia, por ejemplo, da lo mismo, porque el Senado italiano no juega el rol que acá, el de senado legislador.

Este es el sistema de democracia protegida que cumple el papel no de dar garantía a todos los actores en juego, sino que el de dar garantía al modelo socio económico dispuesto por Pinochet. Es un sistema de contrabalance espúreo, no es el primero que ha tenido la democracia chilena. Antes era un sistema electoral, pero acá tenemos un sistema de contrabalance espúreo, que se mezcla con el sistema binominal y se mezcla con el papel político de las Fuerzas Armadas. Este es el sistema político es muy eficiente en el corto plazo, pero hay que ver cómo funciona cuando hay crisis económica, porque si hay algo cíclico son los movimientos del capitalismo. Hasta el momento, la habilidad y el manejo macroeconómico de las autoridades respectivas han permitido que las crisis en Chile sean minimizadas, pero nunca hay que confiarse. La historia siempre es misteriosa.

Por otra parte, hay un sistema con muy poca estabilidad. Basta ver lo que la gente dice de los partidos en las encuestas. Un sistema democrático donde se opina que los partidos son corruptos, es un sistema sumamente amenazado, porque sin partidos no hay democracia. Los partidos son aquellos que hacen la mediación entre los intereses generales y los intereses particulares. El hecho que los partidos hoy día carezcan de ideología, es lo peor que le puede pasar a un sistema político, porque la ausencia de ideología transforma la lucha política en lucha por el poder. Entonces la gobernabilidad es muy dependiente del ciclo económico.

No voy a hablar del futuro porque del futuro no de puede hablar en la perspectiva histórica, solamente se pueden mencionar tendencias.

La tendencia hoy día es difícil simularla por la artificialidad del cuadro político completo, porque está sostenido sobre un consenso artificial. Es mentira que en este país haya un consenso completo; no lo hay ni lo va a haber hasta que los socialistas no tengan la oportunidad de gobernar este sistema. No lo va a haber hasta ese momento, porque lo peor que podría pasar para los que quieren la estabilidad política, es que la candidatura de Ricardo Lagos fracase y tengan ustedes una oposición de izquierda de nuevo, es decir un Partido Socialista que se pasa a la oposición. Si ese escenario ocurre tenemos un cuadro político totalmente distinto, por eso hablar del futuro es muy difícil, porque hay que saber qué va a pasar con la Concertación.

El futuro depende de la Concertación, porque la candidatura Lagos es una candidatura que no puede esperar, por un problema ya de edad, sólo Salvador Allende era capaz de ser cinco veces candidato.

¿Y qué pasa con la Concertación? Es un tema de cultura, pero el futuro es acumulación de cultura y el futuro es el modo como se va resolviendo. Creo que los enclaves autoritarios van a durar mucho más de lo que pensamos, que alguien me diga cómo se pueden terminar los senadores designados. Entonces, tenemos para el año 2.000 un sistema político que todavía va a tener pendiente algunas cosas y ese horizonte hay que tomarlo en cuenta para las opciones políticas.

El futuro depende de la Concertación, porque la candidatura Lagos es una candidatura que no puede esperar.